

LA LAGRIMA

Al fondo del desfiladero grisáceo y sombrío, cuyos confines se perdían en la brumosa lejanía del cielo, movíanse unas figuras confusas mitad fieras y mitad hombres que gruñendo andaban con paso lento y torpón hacia la negra entrada de una enorme grieta que se abría en la inmensa mole.

Camprimida frente rodeada de negros mechones de cabellos enmarcaban unos diminutos y vivaces ojillos, únicos rasgos de su fisonomía que eran visibles, tapada por una espesa barba y bigotes irsutos el resto de su cara.

Su compañera, de frente poco más despejada que el hombre, contemplaba con brillantes ojos un diminuto ser que tiene cogida entre sus brazos.

En medio de la inmensa soledad de aquellos riscos, sólo se oía el crujir de la arena bajo los pies de la pareja humana que iba a cobijarse en su albergue.

El Sol en su ocaso se ocultó completamente. Las tinieblas se adueñaron del valle y pronto reinó silencio absoluto...

Con las primeras luces del alba salió Thor de la gruta y exhalando un gruñido inarticulado empuñó su hacha de sílex y alejóse balanceando su enorme cabeza a derecha e izquierda.

El Sol volvía a iluminar con sus rayos la entrada de la grieta cuando Gñes salió con Manu su hijo. A pesar de que la Naturaleza invitaba a tenderse al sol y bañarse en sus cálidos rayos; Gñes emprendió su marcha con el pequeñuelo colocado sobre sus espaldas. Soplabla una brisa suave y Gñes apresuró su marcha. Empezaba a sentir hambre y sabía que tenía que apresurarse si

quería llegar al estanque para coger algunos peces antes de que llegasen las grandes alimañas de la selva.

Manu cogido al cuello de su madre contemplaba las nubes de fusiformes tamaños que veía sobre su cabecita. Puntos negros destacábanse sobre la blancura nítida de sus formas preñadas de inminentes lluvias.

Por una estrecha rampa que subía lentamente por la pared roqueña, Gñes empezó a caminar inquieta; las águilas, que éstas eran los puntos negros que excitaban la curiosidad de Manu, subían y bajaban con sospechosa rapidez y Gñes sabía que nada podía esperar de las gigantescas aves rapaces.

De pronto Manu exhaló un grito penetrante; sus brazos que habían estado firmemente adheridos al cuello de la madre se separaron con brusca sacudida y engarfiado por las potentes garras de un águila separóse de Gñes con los ojos desorbitados por el más grande pavor.

Gñes bramando de coraje corrió todo lo que el estrecho paso y sus piernas le permitían, pero pronto el ave con su preciosa carga se alejó considerablemente.

Apoyándose en la pared roqueña, Gñes continuaba mirando el grupo como se iba alejando, por último solo contempló un punto en el espacio; después... se fundió.

La madre continuaba mirando fijamente cuando notó que una gota caliente resbalaba por sus mejillas; con estupor pasó el dorso de la mano por ellas y la retiró húmeda; un momento la estuvo contemplando extrañada mientras sordos gemidos inarticulados sacudían su pecho.

¡La primera lágrima que se derramó en el Mundo fué la de una madre!

E. G. A.—A. Mando.

LAS CARTAS

Cuando me incorporé a este Regimiento, hace ya dos años, recuerdo que hablando con un veterano, éste, al enterarse de que soy de cerca de Figueras, me dijo:

«No puedes imaginarte la suerte que tienes, porque podrás ir muy a menudo con permiso de sábado a lunes, pero, no conocerás el placer de recibir correspondencia. Hoy a la hora en que se reparten las cartas, vete al patio y podrás contemplar un gran espectáculo. Cuando aparece el cartero, verás como empieza a salir gente; las naves, los comedores, la cocina, todo queda vacío y un gran grupo de soldados hacen corro, apretujados, alrededor de aquel, que percatado de la enorme importancia de su cometido, da un vistazo en torno suyo y después de aclararse la voz con varias «ejems», «ejems», empieza a leer los nombres de los sobres. En el grupo reina un gran silencio, sólo roto por el alegre grito de «mía» del agraciado y si miras con atención a cada uno de los allí reunidos, pendientes de la voz del cartero, verás pintado en su rostro, la más extraña de las

expresiones, algo así como el temor y la esperanza tienen dibujado en su faz, temor de no recibir las tan esperadas noticias, y esperanza de que éstas hayan llegado por fin, siendo cada vez más angustiosa expresión a medida que disminuye de las manos del cartero, el montón de cartas.

Una vez terminado el reparto, verás que los afortunados del día se van al más apartado rincón del cuartel a leer la que han recibido, lejos de todos y ajenos a todas las miradas, como si temieran que, para ellos tesoro, les fuera arrebatado, y hasta que ha sido releída varias veces, no empiezan las confidencias entre sí y a comunicarse, entre bromas y risas, lo que les dice la novia, los padres o los amigos del pueblo».

Mi compañero ha terminado su narración, se levanta del suelo donde estábamos cómodamente sentados tomando el sol, y se marcha.

—¿A dónde vas? —le pregunto yo.

—Allí, me responde señalando un rincón apartado y tranquilo, a releer la carta que he recibido hoy.

Cabo MIGUEL BLANCH

P. M.—1.º Bón.



DE LAS ACADEMIAS

En el mes de Marzo ha merecido ser incluídos en el Cuadro de Honor de los distintos Cursos que se desarrollan, los alumnos siguientes:

Perfeccionamiento de Sargentos

1.º Curso

D. Cipriano García Sabio, de la 1.º del 2.º

2.º Curso

1.º D. Teodoro Iglesias Torres de la P.M.A.

2.º D. José Márquez Fernández de la 2.º del 2.º

Formación de Cabos

1.º Zapador	Juan Marigot Riera	del 3.º Bón.
2.º »	Antonio Cobos Molina	del 2.º Bón.
3.º »	Edmundo López López	del 2.º Bón.
4.º »	Salvador Ortiz Ruiz	del 2.º Bón.
5.º »	Juan Archs Quintana	del 1.º Bón.
6.º »	José Figueras Prats	del 3.º Bón.
7.º »	Florencio Puertes Dávila	del 2.º Bón.
8.º »	Miguel Tripiño Amaro	del 1.º Bón.
9.º »	Lorenzo Urraca Candejas	del 2.º Bón.
10.º »	Santiago Mas Sabat	del 3.º Bón.
11.º »	Juan Bolla Parillada	del 1.º Bón.
12.º »	José Caballot Argarich	del 1.º Bón.